

# CAPÍTULO 1



**R**osa María Fortunata Peñaloza Montesino acababa de cumplir catorce años. Era hija de don Zoilo, salteño de primera cepa, ferviente admirador del general Güemes, y de Hana, una bella polaca que había llegado para iluminar su vida, pero muy débil de salud; falleció cuando Rosa María era aún muy pequeña.

En la cálida estancia, en la provincia de Salta, la niña creció amada por su padre y rodeada de sirvientas regordetas que respetaron cada uno de sus caprichos. La historia del general Güemes, relatada a diario por don Zoilo, y los cuadros que posaban elegantes en las paredes determinaron y dieron marco a la ideología familiar.

El mismo día que cumplía nueve años, fue galardonada en el colegio con una distinción especial por un hermoso poema que ella misma había escrito, homenajeando al general Güemes. Don Zoilo estaba tan orgulloso y agrandado que no entraba en sí. Desde ese momento se lo hacía declamar

a Rosa María en cada evento o cena de la que participaban. Ella, ya resignada ante los sucesivos pedidos de su padre, inhalaba profundo, luego se ponía de pie y bamboleando los brazos y revoleando los ojos para todos lados, sabiendo que las miradas estaban sobre ella, recitaba su composición.

La cocina. Ah, Rosa María vivía en la cocina. Dominga, una mulata de caderas anchas y motas en la cabeza, le había enseñado todos sus trucos. La niña había adoptado a su cocinera como si fuera su propia madre. Juntas, le ponían nombres a cada plato. El preferido de todos era el picante de mondongo. Entre ambas lo habían denominado “La cazuela de la reina”.

La casa era grande, con muchos cuartos, pasillos y galerías. Rosa María disfrutaba de cada rinconcito de su hogar. A veces se ponía los vestidos que habían sido de su madre y desfilaba. Otras, se convertía en reina y –completamente identificada en su rol actoral– perseguía a los criados, exigiendo que cumplieran sus órdenes. Era tanto el cariño que todos le tenían que se ponían a su merced y terminaban jugando con ella.

A pesar de ser huérfana de madre, don Zoilo se encargó de que su hija creciera feliz. Era una niña curiosa, ávida de saber y conocer. Sin darse cuenta, se había convertido en una jovencita muy culta; siendo todavía muy pequeña, leía los diarios que llegaban a la casa. A escondidas de don Zoilo, hurgaba la biblioteca familiar y encontraba tesoros cada vez más interesantes. Se impresionó con la vida de Facundo Quiroga, relatada por Sarmiento. Quedó presa de

sus propias emociones con Echeverría y sus *Rimas*. Estuvo dando vueltas y buscando respuestas luego de la lectura del *Dogma socialista* del mismo autor. Machado, José Hernández, Mármol, entre tantos otros autores, deslumbraron y dieron luz a esa mente fértil y ávida de saber. Lloró, se rio y se emocionó con las novelas que encontró en un estante lleno de telarañas y humedad, en un recóndito lugarcito de la biblioteca. Su preferida era *Wuthering Heights* de Ellis Bell, obra que luego se publicaría con el nombre verdadero de su autora, Emily Brontë. A escondidas de todos, con esa novela perfeccionó su inglés.

Era una niña más bien solitaria, tenía algunas amigas, pero siempre ponía excusas para no asistir a las tertulias; prefería apoltronarse en algún sillón, debajo de los robustos árboles en verano, o calentita frente al hogar, en invierno, siempre con la compañía de un libro.

\* \* \*

Todo comenzó una tarde. ¡Maldita tarde! Rosa María había concluido con sus clases de piano, disfrutaba de la música, era ella la que en cada crepúsculo endulzaba los oídos de todos con bellas melodías. Tenía un breve recreo hasta que llegara el profesor de matemática. Cada día repetía la rutina, caminaba hacia la cocina a buscar los buñuelos de banana. Dominga se los dejaba tibios en un plato, sobre la mesa, tapados con un repasador. El aroma la guiaba sin escalas, pero ese día, cuando pasó por la puerta del escritorio de su

padre y la vio cerrada, se detuvo. Siempre estaba abierta, se hallara él adentro o no.

Pegó la oreja, custodiada por la palma de su mano en la puerta de madera y reconoció, entre los murmullos, la voz de su tío Alberto. Sonrió. Siguió escuchando. Supuso que estarían hablando de la situación política de Salta, como la noche anterior cuando dedicaron un rato de la cena a comentar sobre don Zerda –el gobernador del clan–, así le decían por sus posturas bien definidas a la hora de defender a su gente. A Rosa María gustaba escuchar las conversaciones ajenas, cuando las personas hablaban distendidas, sin cuidarse de la presencia de ella. Impulsada por la curiosidad, giró con cuidado el pestillo de la puerta, con la intención de tomarlos por sorpresa y asustarlos. Espió y entonces los vio. Apenas parpadeó y volvió a mirar. Había algo que no estaba en su lugar. Siguió escuchando murmullos e incluso le pareció oír un quejido. Se quedó muy quietita, casi sin respirar, mirando. *¡Por Dios bendito!*, se dijo. ¿Qué estaba pasando...? Su tío Alberto estaba recostado sobre el escritorio y su padre encima de él. ¡Estaba descompuesto! Cuando sintió el impulso de abrir la puerta con todo y correr a ayudar, se dio cuenta de que había algo más. Su padre tenía los pantalones y los calzones por la rodilla.

Se quedó dura. Helada. Y aunque sentía ganas de vomitar, no podía sacar los ojos de la escena. Luego, cuando reaccionó, cerró la puerta sigilosamente y se alejó lo más rápido que pudo.

Acostada boca arriba en su cama, tenía los ojos como

huevos y el corazón entumecido. *¿Papá? ¿Era papá? ¿El que estaba fornicando con el tío Alberto era papá? No, no puede ser, mi padre es un señor, sí, un señor macho. No es ningún marica*, pensaba. Cerró los ojos con fuerza para borrar de su cabeza la imagen de su padre trepado sobre el culo de don Ramírez Cuesta.

El asco le provocaba náuseas, parecía que la cabeza le iba a explotar y las lágrimas de impotencia comenzaron a rodar sobre sus mejillas rojas de ira.

Su padre, el conocido don Zoilo, más macho que todos los machos, era un marica.